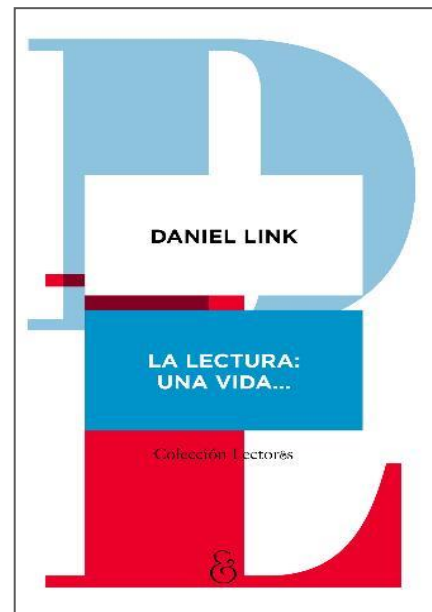




Prado, E. (2017). "Reseña bibliográfica: Daniel Link, *La lectura: una vida...*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, 6 (12), 235-238.

Daniel Link
La lectura: una vida...
Buenos Aires
Ampersand
2017
244 pp.



Esteban Prado¹

Recibido: 17/07/2017

Aceptado: 31/07/2017

Publicado: 08/09/2017

Las dimensiones de un lector, la vida de Daniel Link

La lectura: una vida... de Daniel Link se publicó este año en un sello editorial especializado en cuestiones vinculadas a la escritura, la edición y la lectura. En la web de la editorial, especialmente en la entrada que plantea la colección en la que se inscribe el libro dirigida por Graciela Batticuore, se señala que se trata de ensayos a la vez reflexivos y autobiográficos sobre las lecturas, las bibliotecas, los archivos, especialmente sobre los libros que convir-

tieron a los autores en quienes son. Como complemento, el propio Link señala en la introducción del libro que Batticuore lo invitó a "historiar" su vida como lector.

Los caminos de Link para cumplir el encargo, para contar su vida como lector, son variados y llamativos, porque más que un inventario de lecturas es un paseo por su vida y por maestros y amigos que lo acercaron a la Lectura o a lecturas, libros y modos de leer que construyeron y modificaron su Lectura: "No sé lo que soy, pero sé lo que he leído." (7).

Hasta la dictadura del '76, es decir, hacia el momento en que Link terminaba el secundario, el desarrollo es más bien cronológico. En cada capítulo se trata de un espacio y un tiempo, de una institución, de un trabajo a su vez redefinido en función de una lista de nombres propios. En esos

¹ Doctor en Letras. Becario posdoctoral de CONICET. Ce.Le.His./UNMdP. Contacto: estebanpradoesteban@gmail.com

primeros tiempos, Link repasa “Los años preescolares”, “La escuela primaria” y “La escuela secundaria” pero lo que recupera de manera puntual es la relación de él y la lectura en función del vínculo con su madre, su padre y su abuela paterna, con la señorita Celia o con María Inés Fernández, una profesora del secundario, con la biblioteca de su primo.

El primer capítulo es excelente para el lector de autobiografías: “Algo de mí nació el 28 de agosto de 1959” (9), dice Link y enseguida agrega: “Algo de mí comenzó a formarse ese día, bajo el signo de Virgo que, como todo el mundo sabe, forma lectores obsesivos y prolijos.” (9). Desde ese primer momento en el que el peso de una cultura se inserta en el modelado de ese alguien en formación, Link lee cómo fue escrito:

En el “álbum de recortes del bebé” (que debe entenderse como el primer libro de mi biblioteca) mi mamá recortó y pegó prolijamente las características de mi signo, en las cuales me reconozco en un 75% (para mi dicha, para mi zozobra). No se trata de una determinación estelar, naturalmente, sino de un efecto de discurso: algo de mí fue criado (cultivado) en la certeza de que yo sería de tal o cual modo: ¿cómo iba a librarme de la magia del discurso, que hace cosas y conciencias con palabras? (9).

Después de este momento, a modo de *racconto* de la historia previa, Link reconstruye la vida de sus padres, cómo se conocieron, cómo se casaron y cómo nació él. Frente a un pronóstico desfavorable sobre su salud, dice haber sobrevivido gracias al amor de su familia, al cual se aferró, y sobre todo gracias a una “curiosidad impertinente” que lo llevó a “querer leerlo todo”.

Cada año que le robaba a la enfermedad, que me acechaba todos los

inviernos, se transformaba en un programa de trabajo para mejorar mi posición social futura por vía del enriquecimiento simbólico, que es el tema de este libro (17).

Finalmente cuenta cómo de un modo autodidacta y en cierta medida espontáneo, comenzó a leer de manera precoz, antes de su escolarización, tal vez inducido por la precariedad tecnológica de su casa, sin televisor y sin equipo de audio, “¿cómo no iba a leer todo como un poseso si mis padres, a quienes adoraba, competían para ver quién terminaba antes su cuota anestésica de ficción barata?” (19).

Ya en la escuela primaria, en el segundo capítulo, Link comienza a enumerar títulos, lecturas que fueron determinantes: *Vals Negro* de Ana María Moix, *Anteojito* y *Billiken*, y ahí aparece la señorita Celia, que destinaba partes de sus clases para iniciarlos en la apreciación del arte en sus aspectos sensitivos, formales, táctiles, de manera que los invitaba a que se dejaran llevar por los sonidos, los colores, las formas y las texturas. Y ahí, de la mano de Celia, el primer libro “serio” que lee Link, *El principito*, y ahí mismo el ejercicio de lectura crítica que hace este lecto-escritor desde su presente de escritura. Porque desde el inicio, ya desde la inscripción del signo, se advierte que quien lee lo hace desde la lucidez y los modos de un lecto-escritor iniciado, profesional, especializado, que vive en el mundo de los signos y hace decir a las cosas y a las palabras, porque lee, más de lo que creen decir y sin embargo no dejan de decir. Y así, se mete con ese libro para sacarlo de la dimensión mítica de la infancia. Frente a *El principito* y su prepotencia en la cultura —es el libro por excelencia que un adulto regala a un niño y a su vez uno de los más vendidos de todos los tiempos— Link se pregunta sobre qué doctrina, cuál es la intervención de la cultura sobre ese niño iniciático al que se le regala.

Luego de este libro, ya comienza la dispersión propia de todo lector poseso,

por un azar suscitado por la moral familiar de aquellos años, una pariente comenzó a dormir en su habitación, una pariente embarazada cuyo responsable era también pariente, el primo Fernando. Como consecuencia de ese embarazo, la pareja se fue a vivir al sur y Fernando se deshizo de casi todas sus pertenencias, incluyendo su biblioteca. Cuando las entregó, hizo una única advertencia:

les dijo a mis padres que no me dejaran leer Sade (...). No se le ocurrió que los *Trópicos* o *Sexus*, *Plexus* y *Nexus* de Henry Miller, que también estaban en su biblioteca, pudieran perjudicarme, o le pareció que mejor era alejarme de las analidades sádicas (39).

A partir de la dispersión de esa biblioteca, Link se introdujo en los principales autores del *boom* y en los argentinos, empezando por Sábato y su *Sobre héroes y tumbas*. Así, apelando a las lecturas y a las personas que las incitaron, Link hace un recorrido por su vida y va y viene en el tiempo, porque mientras intenta reconstruir los protocolos y los modos de lectura que se armaban y desamaban con cada lectura, lee, se lee y trata de explicar lo que antaño pasaba por su cabeza, cómo se relacionaba con las instituciones en las que se encontraba y cómo se vinculaba con algunos seres particulares, dispuestos a alimentar su curiosidad. Al comenzar el relato de la escuela secundaria esboza un lúcido ensayo sobre la oposición entre la cultura letrada y los medios masivos, en especial, la TV. Apela al Foucault de *Defender la sociedad* y ensaya una interpretación cultural de los sistemas escolares de América Latina, desde su fundación en el siglo XIX y sus transformaciones durante el XX. Por ese camino, desde la primera persona, desglosa cómo intervino en su propia vida lo que se daba a nivel cultural, es decir, ve cómo la oposición entre cultura letrada y medios masivos atraviesa su historia y a través de ese hilo aparece otra tanda de

preguntas constitutivas del libro: cómo enseñar literatura, por qué enseñar a leer, cómo se aprende a leer y si se puede enseñar a leer. Y ahí, los dos polos: Humpty Dumpty y Roland Barthes: la lectura apegada a la autoridad y la lectura desapegada, experimental: “Enseñar a leer la Ley (si admitimos la perspectiva de Lévi-Strauss) es enseñar a temer el Poder. Pero, nos dice ahora Barthes, enseñar a leer el Texto es como enseñar a escapar del poder, a suspender sus veredictos” (86).

La autobiografía de este lector se basa en la recolección introspectiva de algunos acontecimientos que él caracteriza como “azares que forman sistema” y que además pueden entenderse como azares de una potencia, actualizada o no, pero que en definitiva se constituyen como “pormenores lacónicos de larga proyección”. Y en esa búsqueda, ya luego del colegio secundario, se encontrará con Enrique Pezzoni y el profesorado dirigido por él, como versión alternativa a la carrera de Letras intervenida por la dictadura, y con los talleres de lectura de Beatriz Sarlo, como alternativa de la alternativa. Así se da el afecto, por esas personas, y la afectación, que de tanto compartir el tiempo, las aulas y las charlas, terminan sugiriendo una batería de lecturas que reinventan al lector Link y comienza su inserción en el mundo de los lectores profesionales, a los que les pagan por hacer lo que hacen: leer como poseos y, en algunos casos, escribir como poseos o hasta enseñar como poseos.

Terminada la etapa de iniciación, seguro que no la de aprendizaje, Link pasa de sus años de formación a sus inscripciones laborales: el trabajo como lector “profesional” para Ediciones de La Flor, enmarcado por los nombres propios de Daniel Divinsky, Arturo Carrera y Rodolfo Walsh y el trabajo de investigador académico como becario de CONICET codirigido por el propio Pezzoni y Ana María Barrenechea.

En este capítulo se lanza a transcribir por completo, por ejemplo, una reseña sobre *Children's Corner* de Carrera, escrita

para la revista *Babel*. Y la transcripción es clave para entender qué es lo que hace este lector cuando escribe sus lecturas y para recuperar algo de lo que implica *leer*. Luego, se dedica a su trabajo filológico, en el que guiado por Ana María Barrenechea combinó su aptitud de lector profesional como editor con el trabajo filológico para publicar las obras de Rodolfo Walsh. Y además, hace una reconstrucción epocal de la segunda mitad de los ochenta basada en la fundación del Centro Cultural Rojas.

Finalmente, reconstruye el trabajo pedagógico y los modos de leer colectivos, compartidos y contruidos a partir de la participación en grupos de investigación con compañeros de trabajo universitario. A medida que se acerca al presente, retoma reflexiones sobre las diferentes teorías literarias en tanto implican modos de la lectura y el relato autobiográfico se convierte en un ensayo sobre la lectura en el presente:

En el regocijo ante ese espectáculo de la diversidad reposa el debido amor al Presente. Y por ese amor al presente y al mundo, y por imperativos éticos y metodológicos que deducimos de ese amor, es que podemos pensar la filología infraleve como manera de adecuarnos al texto de nuestro tiempo, que es el texto de nuestra vida. Ni *close reading*, ni *far reading*, ni *distant reading*. Lo que se juega en la lectura no se mide en términos de distancia, porque no hay separación posible entre lo que está escrito y lo que se vive (y, por lo tanto, lo que lee) (164-165).

Después de este recorrido, en el último capítulo, "Las amistades", Link dedica un apartado a cada uno de los nombres propios que componen la lista del subtítulo: Ana Amado, Raúl Antelo, Diego Bentivegna, Josefina Ludmer, Sylvia Molloy, María Moreno, Ariel Schettini y les rinde tributo con el esbozo de una lectura de sus principales libros.

En definitiva, según propone Link en este libro, la lectura se trata, a veces, de extenuar un sentido pero, principalmente, implica proponer, suscitar, pensar lo impensado sin imponerlo, como si siempre hubiese una nota al pie que remarca: podría ser de otro modo, "porque se puede pensar *eso* y también cualquier otra cosa" (176). Y de ahí su preocupación por la enseñanza, por la pedagogía, cómo enseñar a leer sin traicionar ese axioma. Y el desafío, cómo hacer para que una educación inoperante, inactual e impropia se reconstituya en una "comunidad de trabajo" en la que subjetividades *qualunques* no se redefinan en función de una "liberación nacional", por ejemplo, sino para una "felicidad singular".